

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Alejandro Zambra

# Mis documentos



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* foto © Sarai Da Silva, flickr.com / saricientta

*Primera edición: enero 2014*

© Alejandro Zambra, 2014  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9771-5  
Depósito Legal: B. 24509-2013

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla  
08750 Molins de Rei

I

## MIS DOCUMENTOS

*para Natalia García*

### 1

La primera vez que vi un computador fue en 1980, a los cuatro o cinco años, pero no es un recuerdo puro, probablemente lo mezclo con visitas posteriores al trabajo de mi padre, en la calle Agustinas. Recuerdo a mi padre con el cigarro eterno en la mano derecha y sus ojos negros fijos en los míos mientras me explicaba el funcionamiento de esas máquinas enormes. Esperaba una reacción maravillada y yo fingía interés, pero apenas podía me iba a jugar al escritorio de Loreto, una secretaria de melena y labios delgados que nunca se acordaba de mi nombre.

La máquina eléctrica de Loreto me parecía prodigiosa, con su pequeña pantalla donde las palabras se acumulaban hasta que una ráfaga intensa las clavaba en el papel. Era un mecanismo quizás similar al de un computador, pero no pensaba en eso. De todos modos me gustaba más la otra máquina, una Olivetti convencional de color negro, que conocía bien, porque en casa había una igual. Mi madre había estudiado programación, pero más temprano que tarde se había olvidado de los computadores, y prefería esa tecnología menor, que seguía siendo actual, porque estaba todavía lejos la masificación de los computadores.

Mi madre no escribía a máquina por algún trabajo remunerado: lo que transcribía eran las canciones, los cuentos y poemas que escribía mi abuela, que siempre andaba postulando a algún concurso o empezando el proyecto que por fin la sacaría del anonimato. Recuerdo a mi madre trabajando en la mesa del comedor, insertando cuidadosamente el papel calco, aplicando con esmero el títex cuando se equivocaba. Tecleaba siempre muy rápido, con todos los dedos, sin mirar el teclado.

Quizás puedo decirlo de esta manera: mi padre era un computador y mi madre una máquina de escribir.

## 2

Aprendí pronto a digitar mi nombre, pero me gustaba más imitar, con el teclado, los redobles de las marchas militares. Pertenecer a la banda de guerra era el máximo honor al que podíamos aspirar. Todos querían, yo también. A media mañana, durante las clases, sentíamos el retumbe lejano de las cajas y los pitos, la respiración de la trompeta y el trombón, las notas milagrosamente nítidas del triángulo y de la lira. La banda ensayaba dos o tres veces por semana: me impresionaba verlos perderse hacia una especie de potrero que había al final del colegio. Lo más llamativo era el guaripola, que sólo figuraba en los eventos importantes, porque era un ex alumno del colegio. Manejaba la vara con una destreza admirable, a pesar de que era tuerto –tenía un ojo de vidrio, la leyenda decía que lo había perdido en una mala maniobra.

En diciembre peregrinábamos al Templo Votivo. Era una caminata infinita, de dos horas, desde el colegio, encabezados por la banda y después nosotros, en orden de-

creciente, de quinto medio (porque era un colegio técnico) a primero básico. La gente se asomaba a saludarnos, algunas señoras nos daban naranjas para evitar la fatiga. Mi madre aparecía en ciertos puntos del camino: estacionaba por ahí, me buscaba al final de la formación, después volvía al auto a escuchar su música, a fumarse un cigarro, y manejaba otro trecho para alcanzarnos más adelante y saludarme de nuevo, con su pelo largo, brillante y castaño, la madre más bella del curso sin apelación, lo que más bien me acomplejaba, porque algunos compañeros solían decirme que era demasiado linda para ser madre de alguien tan feo como yo.

También iba a saludarme el Dante, que coreaba mi nombre a voz en cuello, avergonzándose con mis compañeros, que se burlaban de él y de mí. Dante era un niño autista, bastante mayor que yo, quizás tenía quince o dieciséis años. Era muy alto, un metro noventa, y pesaba más de cien kilos, como él mismo decía durante un tiempo, cada vez la cifra exacta: «Hola, estoy pesando 103 kilos.»

Dante deambulaba todo el día por la villa, intentando descifrar quiénes eran los padres de cuáles niños, y quiénes los hermanos, los amigos de cada uno, lo que en un mundo donde primaba el silencio y la desconfianza, no debe haber sido fácil. Caminaba siempre a la siga de sus interlocutores, que solían apurar el paso, pero él también aceleraba, hasta quedar de frente, avanzando de espaldas, moviendo la cabeza con severidad cuando entendía algo. Vivía solo, con una tía, al parecer abandonado por sus padres, pero eso nunca lo dijo, cuando le preguntaban por sus padres él miraba como desconcertado.

Además de las marchas de la escuela, por las tardes, ya en casa, yo seguía oyendo sonos marciales, pues vivíamos detrás del estadio Santiago Bueras, al que los niños de otros colegios iban a practicar, y donde cada tanto, quizás todos los meses, se desarrollaba una competencia entre bandas de guerra. Así que escuchaba marchas militares todo el día, podría decir que esa fue la música de mi niñez. Pero lo fue sólo en parte, porque en mi familia la música siempre tuvo importancia.

Mi abuela había sido cantante lírica en su adolescencia y su gran frustración fue la imposibilidad de seguir cantando, partida su vida en dos por el terremoto de 1939, cuando ella tenía veintiún años. No sé cuántas veces nos relató la experiencia de haber tragado tierra y despertar, de súbito, con su ciudad, Chillán Viejo, destruida. El inventario de muertos incluía a su padre, a su madre, a dos de sus tres hermanos. Y el tercero fue quien la rescató a ella de entre los escombros.

Mis padres nunca nos contaron cuentos, pero ella sí. Las historias alegres terminaban mal, porque los protagonistas invariablemente morían en el terremoto. Pero también nos contaba otras historias tristísimas que terminaban bien y que eran para ella la literatura. A veces mi abuela terminaba llorando y mi hermana y yo nos dormíamos o más bien nos desvelábamos escuchando sus sollozos, y otras veces, aunque estuviera en un momento especialmente dramático de la historia, algún detalle le provocaba risa y estallaba en carcajadas contagiosas y también nos desvelábamos.

Mi abuela siempre decía frases de doble sentido o impertinencias que ella misma celebraba antes de tiempo.

Decía «por su pote», en vez de «por supuesto», y si alguien opinaba que hacía frío ella respondía «sobre todo que no hace calor». También decía «si hay que luchar, luchemos» y respondía «de ninguna manera, como dijo el pescado», o bien «como dijo el pescado», o simplemente «pescado», para resumir esta frase: «De ninguna manera, como dijo el pescado cuando le preguntaron si prefería que lo cocinaran frito o al horno.»

4

La misa tenía lugar en el gimnasio de un colegio de monjas, el Mater Purissima, pero se hablaba siempre, como se habla de un sueño, de la parroquia que estaban construyendo. Se demoraron tanto que cuando la terminaron yo ya no creía en Dios.

Al principio iba con mis padres, pero después empecé a ir solo, porque ellos se cambiaron a la misa de otro colegio de monjas, las ursulinas, que quedaba más cerca y duraba sólo cuarenta minutos, porque el cura —un tipo minúsculo y pelado, que siempre andaba en una motoneta— despachaba la homilía con un desdén simpático y hasta hacía con frecuencia el gesto del etcétera con la mano. Me caía bien, pero yo prefería al cura del Mater Purissima, un hombre con una barba compleja, indomable, de un blanco absoluto, que hablaba como retándonos, como desafiándonos, con esa amabilidad enérgica y engañosa tan propia de los curas, y numerosas pausas dramáticas. También conocía, naturalmente, a los curas de mi colegio, como el padre Limonta, el director, un italiano muy atlético —se decía que había sido gimnasta cuando joven— que nos pegaba tatequietos con su llavero para que nos mantuviéramos firmes



en la formación, y que por lo demás era afable y más bien paternal. Me resultaba desagradable o inapropiado, sin embargo, su sermón, que era quizás demasiado pedagógico, poco serio.

Me gustaba el lenguaje de la misa, pero no la entendía bien. Cuando el cura decía «mi paz os dejo, mi paz os doy», yo escuchaba «ni pasos dejo, ni pasos doy», y me quedaba pensando en esa inmovilidad misteriosa. Y esa frase «no soy digno de que entres en mi casa», se la dije una vez a mi abuela, al abrirle la puerta, y después a mi padre, que me respondió enseguida, con una sonrisa dulce y severa: «Gracias, pero esta casa es mía.»

En el Mater Purissima había un coro de seis voces y dos guitarras que cobraba bastante protagonismo, porque incluso los «demos gracias a Dios» y los «te alabamos, Señor» y hasta los «escúchanos, Señor, te rogamos» se decían cantando. Mi ambición era unirme a ese coro. Tenía apenas ocho años, pero tocaba razonablemente bien una pequeña guitarra que había en casa: rasgueaba con sentido del ritmo, sabía arpeggiar, y aunque me venía un temblor nervioso a la hora de hacer el cejillo, igual me resultaba un sonido casi entero, sólo un poco impuro. Supongo que me creía bueno, o lo suficientemente bueno como para acercarme una mañana, al final de la misa, guitarra en mano, a los integrantes del coro. Me miraron en menos, quizás porque era muy chico o porque era una mafia que ya funcionaba, pero no me rechazaron ni me aceptaron. «Tenemos que hacer una prueba», me dijo, con desdén, una mujer ojerosa y medio rubia que tocaba una guitarra extraordinariamente grande. Hagámosla al tiro, le propuse, tenía ensayadas algunas canciones, entre ellas el Padre Nuestro, que era con la música de «The Sounds of Silence», pero no quiso. «El próximo mes», me dijo.

Mi madre se había criado escuchando con devoción a los Beatles y un repertorio de música folclórica chilena, y luego había derivado a los hits de Adamo, Sandro, Raphael y José Luis Rodríguez, que era más o menos lo que se escuchaba a comienzos de los ochenta. Había dejado de buscar cosas nuevas –nuevas para ella– hasta el momento en que se encontró con el disco del concierto que reunió a Paul Simon y Art Garfunkel en el Central Park. Entonces su vida cambió, yo creo que para siempre: de la noche a la mañana, con una rapidez impresionante, la casa se llenó de discos, que eran difíciles de conseguir, y ella retomó sus estudios de inglés, quizás solamente para entender las letras.

La recuerdo escuchando el curso de la BBC, que venía en unos álbumes con decenas de casetes dentro, o el otro curso que había en casa, *The Three Way Method to English*: dos cajas, una roja y otra verde, cada una con un cuadernillo, un libro y tres discos de 33. Yo me sentaba a su lado y escuchaba distraído esas voces. Aún recuerdo algunos fragmentos, como cuando el hombre decía «these are my eyes» y la mujer le respondía «those are your eyes». Lo mejor era cuando la voz masculina preguntaba «is this the pencil?» y la mujer respondía «no, this is not the pencil, but the pen», y después, cuando el hombre le preguntaba «is this the pen?», ella respondía «no, this is not the pen, but the pencil».

Tiempo a pensar que cada vez que volvía a casa sonaba en el living alguna canción de Simon & Garfunkel o de Paul Simon como solista. Cuando apareció *Graceland*, en 1986, mi madre era ya con toda seguridad la más ferviente seguidora chilena de Simon, experta también en episodios

de la vida del cantante, como su fallido matrimonio con Carrie Fisher, o su cameo en *Annie Hall*. Mi padre estaba sorprendido de que su esposa se hubiera vuelto de pronto fanática de esa música que a él, que entonces escuchaba exclusivamente zambas argentinas, no le gustaba. «Yo debería tener una pieza sola», escuché que decía una noche mi madre, sollozando, al final de una discusión originada porque había conseguido unos pósters y fotos para pegarlos en la pieza matrimonial, con la obvia reacción airada de mi padre, que igual tuvo que resignarse a esa exhibición de otros hombres frente al lecho nupcial.

## 6

Los fines de semana de primavera e incluso parte del verano, íbamos con mis tíos y mis primos a encumbrar volantines al cerro 15. Era todo muy profesional: mi padre había pasado de curar el hilo con vidrio molido entre dos árboles, como hacía cuando niño, a conseguir una tómbola y un motor para curarlo en casa con un complicado mecanismo. Fabricaba también sus propios volantines. Seguro que por entonces resolvía arduos dilemas informáticos, pero la imagen de mi padre trabajando se remite, para mí, a esas noches en que se afanaba intentando el volantín perfecto.

No me desagradaba elevar volantines, pero prefería hacerlo con hilo sano, porque era incapaz de maniobrar sin estropearme las yemas de los dedos, a pesar de que las tenía ya un poco endurecidas por el contacto con las cuerdas de la guitarra. Pero había que encumbrar con hilo curado, de eso se trataba: afirmar el volantín en el cielo y enfrentar al oponente. Mientras mi primo Rodrigo aserruchaba enérgi-

camente y mandaba cortados decenas de volantines cada tarde, lo normal era que yo me mantuviera con dificultad en el aire y perdiera el control a cada rato. Lo intentaba, sin embargo, a pesar de que, a poco andar, nadie tenía demasiadas esperanzas en mí.

Llevábamos siempre una caja con decenas de volantines espléndidos, los que mi papá fabricaba y los demás comprados a un amigo de él que se dedicaba exclusivamente a eso. Yo siempre intentaba ubicarme lo más lejos posible de mi familia. A veces, en vez de elevar, me llevaba el volantín y el carrete y pasaba un par de horas echado en el pasto, fumando los primeros cigarros mientras miraba en el cielo las trayectorias caprichosas de los volantines cortados. «Cuánto te doy por ese pavo», me preguntó alguien una de esas tardes. Era Mauricio, el monaguillo. Se lo vendí y pronto vendí también algunos más a su hermano y a los amigos de su hermano.

Mauricio era tan pecoso que daba risa verlo, pero me había costado reconocerlo sin la túnica blanca. En mi confusión, en mi ignorancia, pensaba que los monaguillos eran curas muy jóvenes, que vivían reclusos o algo así. Él me aclaró que no, y me dijo que prefería que lo llamaran *acólito* y no monaguillo. Me invitó a ayudar en la misa, porque el otro acólito iba a retirarse. Me preguntó si había hecho la primera comunión, y no sé por qué le respondí que sí, lo que era totalmente falso, recién estaba preparándome en el colegio. No tenía ni tengo claro si ese era o no un requisito para ser monaguillo, pero instintivamente, ante la duda, como tantas otras veces en la vida, mentí. Le dije que lo pensaría, pero no estaba seguro. Cuando volví donde mi padre y mis tíos, habían descubierto mi negocio con los volantines, pero nadie me retó.